

## EMILIA PARDO BAZAN Y SU NOVELA NATURALISTA LA MADRE NATURALEZA

Juan Jacobo de Lara



En los escritores que se destacaron durante el movimiento naturalista español de fines del siglo pasado, Emilia Pardo Bazán fue la figura sobresaliente. Aristócrata de Galicia, mujer culta y de mundo, se interesaba por el resto de Europa y seguía, sobre todo, las noticias literarias que venían de Francia. Se interesó vivamente por el naturalismo francés y, con el gran entusiasmo que le era característico, escribió una serie de artículos sobre el tema. Los reunió en un libro que llamó significativamente *La cuestión palpitante*, (1883) que desató una interesante polémica literaria.

Habiendo así introducido el tema del naturalismo en España, doña Emilia procedió a escribir obras naturalistas. El resultado fue sus novelas regionales *Los Pazos de Ulloa* (1886) y *La madre naturaleza* (1887) que son “estudios acabados de la decadencia de la aristocracia gallega con detalles de extremada perversión sobre un fondo de vida rural admirablemente descrito”. (1)

Analizaremos a continuación *La madre naturaleza*, (2) pero como ambas novelas están estrechamente vinculadas por el tema y por los personajes, será inevitable establecer comparaciones con la primera.

La polémica que provocó *La cuestión palpitante* no cabe dentro de nuestro análisis, pero debemos sin embargo referirnos a la contribución de don Juan Valera a dicha polémica, con sus *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas*. Establece

Valera con sus argumentos que la Condesa de Pardo Bazán no era realmente naturalista a pesar de su entusiasmo por el asunto y de su interés en la escuela naturalista francesa de Zola. Lo que ella defiende es su interpretación del naturalismo francés, sus propias ideas y opiniones del momento. El resultado de esta polémica y de la corriente literaria que la provocó fue que a las ideas francesas se integraron muchos elementos netamente españoles y se produjo el ciclo novelístico llamado el naturalismo español.

Los elementos integrantes de ese naturalismo español difieren de un autor a otro. En las novelas de la Pardo Bazán predomina el regionalismo, la naturaleza y las gentes de la región gallega que describe. Este naturalismo retiene, principalmente, la esencia del realismo español. Después de todo, ni la Pardo Bazán ni los otros naturalistas pudieron modificar la interpretación de la vida que más tarde expuso Ortega y Gasset tan atinadamente, el "yo soy yo y mis circunstancias" que une al mundo interior con el mundo exterior, aunque pueda decirse que lo intentaron.

Si en otras de las novelas naturalistas de la época parece como si el hombre creara su ambiente, en las de la Pardo Bazán parece como si el ambiente creara el hombre, y a su vez la naturaleza hubiera creado el ambiente. En ese concepto descansa mucho del regionalismo de la Pardo Bazán. Es decir, nos queda la impresión de que su regionalismo es en gran parte una cuestión de concepto, como parece haberlo sido también su naturalismo, más bien que una cuestión de principio.

La Condesa de Pardo Bazán empieza la novela con el inmediato propósito de justificar el título. Los primeros párrafos describen "la madre naturaleza" con gran energía poética. La descripción asume proporciones románticas, dentro de la escena de espíritu bucólico, mientras cae un chubasco. Habiendo descrito la escena e introducido los personajes que la ocupan, la joven y alegre pareja, los coloca dentro del tema de la obra: "Se encontraban así, juntos y lejos de toda mirada humana, sin más compañía que la madre naturaleza, a cuyos pechos se habían criado.". Más adelante nos dice que ellos

“impremeditadamente se escudaban con la naturaleza, su protectora y cómplice”. Y no falta el simbolismo del arco iris que muestra sus coloridos desde lejos y se esfuma prontamente.

Vemos, pues, en el primer capítulo, cómo la madre naturaleza acoge, cuida, deslumbra, y domina a la pareja inocente. Doña Emilia no pone títulos a sus capítulos, pero podríamos llamar al segundo y al tercero “tipos y costumbres de la región” tema importante en sus novelas, ya que es una de las figuras más destacadas en el género regionalista de la literatura española. Cuando la filosofía del viejo montañés hace que el muchacho le pregunte: “Resulta, señor Antón, que a usted no le parece diferente un buey de un cristiano?” la respuesta sigue pronta: “No sea tan *materialista*, señorito”. Y ya se comienzan a introducir conceptos equívocos. Pero vuelve al tema regional, cuando el joven Pedro contesta a ciertas niñerías de la muchacha: “Vaya una montañesa, que tropieza en cualquier cosa como las señoritas del pueblo!” Se recalca así al través de la obra el que ellos son montañeses.

El primer contraste que nos llama la atención entre esta novela y su predecesora *Los pozos de Ulloa* (3), es que ciertas situaciones que en esta primera novela eran conflictos sociales, tal como el amancebamiento de un hombre de cierta clase social con una mujer de otra inferior, se ha resuelto ya en la segunda novela de un modo prosaico o con el simple andar del tiempo. Así vemos que el médico Juncal se ha casado con su *Catuxa*, y en los Pazos encontraremos a Sabel respetablemente casada con el Gallo. En la segunda novela, sin embargo, encontramos conflictos sociales de inaudita magnitud, tal como el amor incestuoso de la joven pareja. Los problemas de una generación, como pasa en la realidad de la vida, se han resuelto de una manera u otra, pero llega la nueva generación con sus problemas propios, más intensos por su actualidad.

En *La madre naturaleza* son Perucho y Manolo, la nueva generación, los personajes centrales de la historia, de los conflictos intensos de la vida. Los de la otra generación ya han sobrevivido a sus dramas y, con su juventud, ha pasado también su vulnerabilidad. Encontramos al Julián de la primera novela

convertido en una sombra que pasa silenciosa e inalterable por el segundo episodio de esta historia. Al marqués de Ulloa, de diabólico carácter, lo encontramos ahora ya un viejo de poca monta, un poco gruñón pero relativamente pacífico. La Sabel ya no es una aldeana moza, bonita y excitante, sino una aldeana madura sin formas ni belleza, una campesina gallega típica. Y por último el "Gaitero de Naya" de la primera novela es ahora una figura llena de importancia, conocido por su apodo (el Gallo), y que representa para sus paisanos el perfecto erudito y caballero.

En este mundo, de valores tan trocados, pero, no obstante, tan definidos, cae el nuevo personaje de la historia, Gabriel Pardo, que no pertenece realmente ni a una generación ni a la otra. Por su edad y parentesco puede catalogarse con la vieja generación, pero su papel en la novela lo une a la generación joven. En aquel ambiente rural gallego creado por la Pardo Bazán, Gabriel Pardo es un anacronismo, y nos parece que a eso se debe cierta falta de unidad que resulta notable en esta segunda novela. Nos deja esta obra con una sensación de que los personajes se mueven en un plano falso, que ni es el plano de lo regional precisamente, ni es lo natural y realístico que se nos ha anticipado. Hay un poco de todo. Los personajes se dividen en dos categorías: Perucho y Manola representan, en el centro de la escena, la acción y el drama de la vida; los demás ocupan las posiciones de meros espectadores o provocadores del aleteo de emociones que invade la escena. Otra vez Gabriel Pardo es la excepción; él representa la intromisión de la ciudad, como elemento perturbador, que viene a alterar las cosas.

Esta intromisión de la ciudad, dentro de la vida rural de la región, ofrece algunos contrastes interesantes al comparar las dos novelas. En *La madre naturaleza* se trata del tío que viene con intenciones de casarse con la sobrina, que ni conoce. Pardo de la Lage, culto y desapasionado, es quien viene a provocar la acción y el drama en esta novela, con desastrosos resultados. En *Los pazos de Ulloa* la intromisión de la ciudad dentro de aquella escena de corrupción y decadencia rural fue en la persona de Julián que, inocente y apasionado, y armado con su fe

civilizadora y su religiosidad, quiso redimirlos a todos y sólo consiguió mayores desastres, incluyendo el suyo propio.

Es verdad que en la primera novela el verdadero y principal personaje era “los pazos” pero, en segundo plano, los caracteres tienen individualidad enérgica. En la segunda novela el personaje central es “la naturaleza” pero ni ésta ni los caracteres tienen esa misma individualidad enérgica. Es como si el personaje principal, la región, también fuera ya en la segunda novela un viejo cansado y sin mucha vida. Si una novela nos dejó la sensación de que los Pazos seguirían su proceso de desmoronamiento progresivo, la segunda nos parece enseñar que la Naturaleza ejercerá su dominio sobre el hombre caprichosamente.

En una cosa concuerdan ambas novelas. En cada una fracasa el hombre de la ciudad que quiere introducir cambios en el estado de cosas que encuentra en los Pazos. Fracásó Julián, y su bondad redentora sólo resultó en desastre y en dos vidas tronchadas, la de Nucha y, en cierto sentido, la suya propia; y fracasó Gabriel; su buen propósito de casarse con la hija de Nucha resultó también en desastre y en otra vida tronchada, la de Manola. Esa es otra de las interesantes comparaciones que se pueden hacer entre las dos novelas: el paralelo en los destinos de la madre y de la hija, ambas víctimas de la naturaleza brutal de Pedro Moscoso y su ambiente malsano, a pesar de su diferencia fundamental: la una había sido de la ciudad y por lo tanto vulnerable a tan desigual lucha mientras que la otra era montañesa y llevaba la sangre de Pedro Moscoso en sus venas, pero resultó igualmente vulnerable cuando descendió sobre ella, como un rayo, el pecado de su padre.

Además de sus espléndidas descripciones de la naturaleza, encontramos en la segunda novela algunas buenas descripciones de personajes secundarios. “El señor Antón, el algebrista” llena de interés muchas páginas. “Goros, el criado del cura” nos entretiene y nos interesa en muchas páginas más. En el capítulo catorce encontramos a “la ex-bella fregatriz Sabel, causa de tantos disturbios, pecados y tristezas. Quien la hubiese visto cosa de diez y ocho años antes” y, como pasa con todas las

campesinas gallegas, había perdido toda lozanía y hermosura muy joven aún. “A los cuarenta y tantos años, era lastimoso andrajo de lo que algún día fue la mejor moza diez leguas en contorno”. Y a continuación encontramos la descripción, hecha con entusiasmo y locualidad, de “su marido Angel de Naya, por remoquete Gallo... Ajada y lacia ella, él conservaba su tipo de majo a la gallega y su trinfadora guapeza de sultán de corral”. Y así vemos cómo la autora va creando unos personajes, o recreando otros que ya conocimos en la primera novela, no tanto en su individualidad sino en su nicho social y regional. ¿Será esto por mero realismo? ¿O simplemente una falta de habilidad artística?

En estas novelas, no es el progreso ni la influencia de afuera lo que provoca la decadencia y el conflicto de ese mundo rural que nos describe la Pardo Bazán; es pura y simplemente el desmoronamiento de una cultura feudal que habiendo perdido desde hace mucho tiempo su “razón de ser” y sin nuevos valores que la sustenten, tiene que desaparecer. El Pedro Moscoso de la historia y su caserón en ruinas representan el último estertor de ese feudalismo moribundo.

Resulta interesante comparar la reacción de Julián, al comienzo de la primera novela; y la de Gabriel Pardo en la segunda novela, al verse frente a los libros que encontramos en el archivo de los Pazos. Cuando Julián encontró los viejos libros que formaban la biblioteca de algún Ulloa de principios de siglo, se turbó de sólo abrir el primer tomo que cogió y ver que era de Voltaire. “Volvió a su sitio el volumen, con los labios contraídos y los ojos bajos, como siempre que algo le hería o escandalizaba” y ahí tenemos en seguida una visión del personaje que va a ser tan decisivo en la historia de los Pazos de Ulloa. En cambio Gabriel Pardo, años más tarde, buscó en el mismo estante y con el punto de vista y la curiosidad del intelectual, característicos del siglo, llevóse para su cuarto lo más aceptable, a pesar de que, con los libros, salió del estante algo más...

*Salió una tufarada de moho, de polvo, de humedad;*

*cenicientas polillas huyeron despavoridas de su refugio predilecto. No se arredró; fue sacando volúmenes. Cada libro que abría era un depósito de larvas, una red de túneles abiertos por el diente del insecto bibliófilo, y el cadáver del siglo XVIII todo comido de gusanos, se alzaba de su sepulcro.*

El mismo Gabriel Pardo, cuando se vio cara a cara con el Cura de Ulloa por la primera vez se dijo: “Nada de cuanto diga yo puede interesar a este santo: estamos en dos mundos diferentes: a él le parece raro mi lenguaje, y no me entiende, y lo que es yo, tampoco lo entiendo a él”.

En la primera novela nos guiaba el monólogo interior de Julián por entre los vericuetos de la historia. En la segunda es el monólogo de Gabriel el que nos guía. En el capítulo XXV, a través de este monólogo de Gabriel, nos ofrece la autora algunas filosofías pertinentes a la obra. Incluye la pregunta: ¿“Por qué causa tal impresión la naturaleza?” Y otra que va acompañada de su contestación: “Que no existe el mundo exterior; que lo creamos nosotros? — Puf! Idealismo trascendental...”

En el capítulo XXXII encontramos a Gabriel Pardo monologando nuevamente. Aquí está filosofando sobre la tragedia de la historia, el drama que su presencia desató en los Pazos. Concluye por juzgar con indulgencia naturalista el incesto de Perucho y Manola. La nota dominante en sus cavilaciones es la tolerancia, que tiende a atenuar los hechos, pero que no los define. A Gabriel le faltaban convicciones para definir las situaciones de la vida con decisión positiva. El cura de Ulloa, con su religiosidad infalible, ofreció a Gabriel la convicción de su fe. “La ley de la naturaleza, aislada, sola, invóquenlas las bestias: nosotros invocamos otra más alta... Para eso somos hombres, hijos de Dios y redimidos por él”.

A lo cual, poco después, se responde Gabriel: “Cura de Ulloa, ni tú ni yo... tú un iluso y yo un necio.” Y en ese grito

parece el hombre de la ciudad confesar el secreto del fracaso de ambos al intervenir en esas vidas ajenas, y en ese ambiente de barbarie que rechaza la influencia que viene de afuera.

#### NOTAS

(1) Angel del Río, *Historia de la literatura española*, Vol. II, New York, The Dryden Press, 1953, p. 149.

(2) Emilia Pardo Bazán, *La madre naturaleza* (Obras completas, Tomo 4.) Madrid, Ed. Prieto, 1910.

(3) Emilia Pardo Bazán, *Los pazos de Ulloa*, Madrid, Aguilar (Crisol, No. 255) 2da. ed., 1954.